

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

JUANA DE ARCO.

El nombre de Juana de Arco brilla en la historia de Francia con un carácter medio angeli-

cal. Una aldeana joven y sencilla, inspirada por su profunda fé y su amor á la Francia, emprendió y supo llevar á cabo lo que los caballeros y los ejércitos no habían podido nunca lograr.

Sabido es que el reino de San Luis se hallaba en el mayor abatimiento á principios del siglo. XV. Al cabo de cien años de guerra, después de mil sangrientas discordias y después de la demencia de Carlos VI, una reina de Francia, Isabel de Baviera, indigna esposa de ese infortunado monarca, vendió el imperio de las lises á los ingleses con desprecio de los derechos de su propio hijo. En 1428 un rey de Inglaterra se sentó en el trono de Francia, reconocido por el Parlamento, el clero y la universidad, no que-

dándole mas á Carlos VII, el heredero legítimo de la corona, que algunas ciudades en el Loira, por lo cual los ingleses le llamaban irónicamente *rey de Bourges*. Para colmo de desgracia ese príncipe era indolente y dado á los placeres, prometiéndose sin duda que su legitimidad llegaría á reconocerse por sí misma, sin esfuerzo ninguno de su parte.

En este momento supremo fué cuando Dios quiso salvar la Francia por medio de una de sus mas humildes criaturas.

En la aldea de Domremy, cerca de Vaucouleurs, en la Lorena, existía una joven llamada Juana, tan oscura entonces y tan pobre, como la choza que la vió nacer; hija tercera de Pedro Darc y de Isabel Romée, labradores. Desde sus mas tiernos años Juana se hizo notar por su piedad y dulzura. No sabía leer ni escribir, pero sabía amar, dar limosnas á los pobres, y sobre todo, lamentarse de los males que llovían sobre la Francia. Cuando supo que Orleans, la única ciudad importante que le quedaba á Carlos VII, estaba sitiada por los ingleses, cayó en una especie de estupor, y sucedió que en una tarde de verano, que era día de ayuno, mientras estaba guardando su ganado, creyó oír una voz que la ordenaba el presentarse á Carlos de Francia, «porque solo ella podía hacer levantar el sitio de Orleans y volver á colocar al rey en su trono haciéndole consagrar en Reims.» Esta voz era su pensamiento que la dominaba y hablaba á través de su conciencia. Juana se resistió en un principio, pero la voz repetía las mismas palabras noche y día, semejante á la zarza de Horeb, que ardía sin consumirse, y la joven obedeció: dejó su cayado, y después de despedirse de sus padres, que trataron en vano de oponerse, se fué primeramente á Vaucouleurs á casa del señor de Brandicourt, valeroso caballero que había sabido conservar su ciudad en poder del partido francés, en medio de una infinidad de guarniciones enemigas.

El incrédulo capitán se echó á reír al pronto de la inspirada aldeana, pero en medio de la situación desesperada en que la Francia se encontraba, creyó, sin embargo, que debía dar parte al rey de aquel singular acontecimiento, y bien luego recibió la orden de enviar á Juana de Arco á Chinon, donde residía la corte de Carlos VII. Entretanto la joven supo ganarse la fé de los habitantes de Vaucouleurs; la seguridad de su palabra, su confianza ilimitada, el fervor que se manifestaba en sus miradas, y el candor y firmeza de sus respuestas, llegaron á convencer al pueblo. Abrióse una suscripción para darla lo que necesitaba, y compráronla un caballo y un vestido de hombre. La hija de la aldea se había convertido en heroína.

Penoso y lleno de escollos era el viage que iba á emprender. Era por el mes de febrero de 1426: todo el país estaba infestado de combatientes de ambos partidos, y no había camino ni puente alguno; pero Juana se creía de veras protegida y guiada por una mano invisible, y así fué que caminaba con una seguridad heroica há-



Juana de Arco.

cia el objeto de su viaje. Los que la acompañaban sintieron muchas veces el haber ido con ella, y hasta llegaron á pensar que era hechicera, por lo cual les vinieron muchas ganas de abandonarla, pero Juana estaba tan serena, que quería detenerse en todos los pueblos á oír misa, y decía:

—No temais nada; Dios abre mi camino, y para esto he nacido.

Por último, después de haber escapado milagrosamente á todos los peligros, llegó á Chinon.

Sin embargo, la corte de Carlos VII no estaba muy dispuesta en su favor, siendo tanta la oposición que mostraron á su llegada, que el consejo discutió durante dos días si debía presentarse al rey, aunque se decidió por la afirmativa.

El rey la recibió con el mayor aparato, porque sin duda creyeron que ella se cortaría. Era de noche; cincuenta antorchas alumbraban la sala, y en torno de Carlos VII se veían reunidos un gran número de señores y mas de trescientos caballeros.

(Se continuará.)

LEONARDO EL JOYERO O LAS DOS MOMIAS.

(Conclusion).

Un día que se dirigía hacia una magnífica palmera cargada de hermosos racimos de dátiles, brillantes como el oro al sol, divisó cerca de ella un extraño animal que tenía parte de caballo y de cabra, pero cuyo cuello y piernas delanteras le parecían de una desmesurada longitud. Leonardo reconoció el original de un retrato de la girafa que había visto en uno de sus libros. Iba, pues, á tranquilizarse sabiendo que aquel animal era inofensivo, cuando vió venir á otra fiera que reconoció aquella vez por un soberbio león: iba en persecución de la pobre girafa. Esta, habiéndole visto á tiempo, se puso á huir como un rayo hacia el horizonte, y su enemigo le seguía la pista.

Si Leonardo hubiese permanecido tranquilo, es probable que el rey de las selvas no se hubiese formalizado con su presencia; pero sea vanidad, sea audacia, el joven quiso intervenir. En un abrir y cerrar de ojos desarrolla su larga faja encarnada, que despliega al viento; da agudos gritos, y hace volar puñados de arena en el aire... Sorprendido el león, ruge al pronto horriblemente; cesa de perseguir su presa, y aun trata de tomar la huida; pero hostigado por el hambre vuelve y se dirige esta vez sobre el joven, á quien enseña ya los terribles dientes que le van á hacer pedazos.

Rápido como un gamo lánzase Leonardo hacia la palmera, que ella sola puede salvarle, trepa en un instante á lo alto del árbol. El león, que se había lanzado sobre él, cae rodando en la arena, la garganta abierta, arrojando espuma, y los ojos encendidos de furor.

Alegrábase nuestro imprudente joven de haber escapado á las uñas leoninas, cuando vió que no había concluido todo. La maldita fiera, tan inteligente como hambrienta, se echó al pie de la palmera levantando de tiempo en tiempo su enorme cabeza, y clavando sus salvajes ojos sobre el joven para invitarle á bajar.

Tres días con tres noches pasaron así. Leonardo se alimentaba con los dátiles que tenía á mano, y por la noche abrazaba estrechamente el tronco del árbol en el nacimiento de sus largas ramas, y se entregaba á un sueño inquieto é interrumpido frecuentemente por los rugidos del león, reducido á hacer su comida de algunos frutos que el viento hacía caer, y que devoraba como saboreándose con la otra presa que aguardaba.

La posición de Leonardo era cada vez mas crítica. Disminuían los dátiles y el león no se cansaba. Un nuevo tormento vino á afligirle: la sed; la que sentía era tanto mas ardiente, cuanto que veía y oía correr al pie de la palmera un

limpido y fresco arroyuelo, capaz de haber merecido los elogios y cantos de todos los poetas del mundo.

No pudiendo mas, iba á bajar para entregarse á los dientes del león y concluir mas pronto, cuando los rugidos de su horrendo guardián, mirando esta vez hacia un punto del llano, le advirtieron que acababa de ver una presa nueva ó un enemigo.

En efecto, algunos momentos después, vió Leonardo una bandada de árabes á caballo armados de sus yataganes y largos fusiles: dirigíanse derechos á la palmera. El león marchó á su encuentro y los atacó, pero no tardó en caer atravesado bajo una lluvia de balas.

Durante este combate, Leonardo, habiendo observado á los árabes, reconoció que los que acababan de librarle de su enemigo eran insignes ladrones, que no dejarían de venderle como esclavo si caía entre sus manos. Se ocultó, pues, lo mejor que pudo entre las ramas de la palmera, y permaneció allí inmóvil.

Los árabes vencedores del león bajan pronto del caballo, se aproximan á la palmera, y se ponen á beber ellos y sus caballos en el arroyuelo. Terminada esta operación, algunos dan una vuelta al árbol, cuyas miradas saborean ya su hermoso fruto. Uno de ellos trata de subir, cuando un chico que estaba de centinela sobre un caballo, da de repente agudos gritos, y todos los árabes esclaman en su lengua:

—¡La caravana! ¡la caravana!

Pasaba una en efecto. Se la veía á lo lejos serpenteando como una sombra extraña en el llano de arena. La palmera, ó mas bien, el manantial que señalaba, estaba hacia el punto por donde venía la caravana.

Los ladrones, como querían sorprender á sus enemigos, se echan vientre á tierra, y permanecen inmóviles hasta el momento en que ven aproximarse la caravana al manantial. Entonces á una señal se levantan, montan á caballo, y van á caer sobre los peregrinos y mercaderes.

Viva y sangrienta fué la refriega, pero vencedores los ladrones, y después de haber asesinado ó despojado todo lo que cayó en sus manos, se apoderaron de los camellos cargados, de los bagages y de las mercancías, y sin perder tiempo se metieron en el desierto, tomando la dirección de Mediodía.

No viéndolos ya Leonardo bajó por último de su palmera, y comenzó por apagar la ardiente sed que le devoraba. Recorrió en seguida el campo de batalla cubierto de muertos, y vió que un camello que no tenía herida alguna, había sido olvidado por los árabes, así como diversas piezas de hermosas telas y otros objetos de valor. Lo colocó sobre el camello, subió él mismo sobre el animal, y tomó su camino hacia Egipto.

Debemos decir que antes se había puesto un turbante viejo que había encontrado entre los despojos, porque era su intención hacerse pasar por musulmán para llegar á Egipto, á fin de escapar á las vejaciones con que los cristianos son siempre molestados en aquel país. Algun conocimiento que tenía de la lengua árabe le permitía esta estratagemas.

Fundadas eran estas previsiones. Cuando después de muchas jornadas de marcha en su camello, llegó cerca del Cairo, fué tenido por un ladrón y despojado del rico botín que había recogido sobre los pasos de los ladrones árabes. Su turbante y la creencia de que era musulmán, le salvaron precisamente de la prisión y de una paliza. En este buen estado nuestro aventurero, que echaba de menos su pacotilla, mas que la pérdida de sus telas y de su camello, se fué á Alejandría con la esperanza de hallar allí algun conocido que le ayudase á volver á Bayona, donde gobernando su barca sobre el Adour, podría contar sus aventuras á los ociosos del país.

Como caminaba á pie y costear las orillas del Nilo por todo el camino que separa al Cairo de Alejandría, se detenía á menudo en las orillas del río, ya para beber sus aguas, ya para descansar á la sombra de los sicomoros y palmeras. Sucedió que un día, queriendo penetrar en un grupo de aquellos arbustos espinosos para coger frutas salvajes, enredó de tal modo su turbante en una zarza, que no pudo retirarle sin hacerle pedazos. Esto en la situación en que estaba, le pareció una nueva desgracia; pero

quién pintará la sorpresa del pobre joven, cuando por el agujero que acababa de hacer en su turbante, el cual hubiera dado de muy buena gana por una peseta, vió salir una por una las mas hermosas piedras, diamantes, rubies, zafiros, topacios, esmeraldas... la realidad de todos sus hermosos sueños...

Restregábase los ojos para ver si estaba despierto ó dormía. Asegurado de que estaba despierto, encerró su tesoro, arregló su turbante y se fué á la ciudad de Alejandría, que no se hallaba de allí mas que media jornada. La primera cosa que hizo al salir á la calle, fué ir á casa de un lapidario, al que tuvo la precaución de no hacerle ver mas que un hermoso diamante, que dijo haber hallado sobre las orillas del Nilo, lo que en realidad no era una mentira. Examinó éste la piedra, y la encontró tan fina, que pretendió que el corredor la había robado á algun bajá. Por mucho que protestó Leonardo, el mercader no quiso creerle, y únicamente le propuso por no denunciarle al cadí que le dejase el diamante en la suma de quinientos *cequies* (valia lo menos diez mil).

Leonardo, pensando en el resto de su tesoro, creyó que no debía insistir mas, y salir á todo precio de las manos de aquel hombre. Aceptadas las condiciones de una parte y de otra, el mercader le introdujo en su trastienda para entregarle el precio convenido, lo que no hizo sino después de haberle pedido su nombre y las señas de su casa, como si hubiese de hacerse alguna próxima pesquisa.

No era esto todo. Cuando el mercader le contó la suma de trescientos francos, se detuvo.

—Una idea me ocurre, joven, pues que usted viaja, tengo dos objetos de que debería vd. encargarse. Al decir estas palabras, mostraba con el dedo índice dos grandes momias arrimadas á la pared.

—¿En cuánto me las pone vd? dijo Leonardo, á quien se le acababa de ocurrir una idea.

—En Francia las venderá vd. fácilmente por un valor de cuatrocientos *cequies*: me dará usted doscientos; ¿acomoda á vd. la proposición?

—Carillo es, pero quiero complacer á vd. y acepto el trato.

—Pues en ese caso son exactamente los quinientos *cequies* que yo debo á vd. por su diamante.

Vuelto á su casa Leonardo con la singular compra que acababa de hacer, puso en ejecución su idea. Se apresuró á hacer con un cortaplumas una incisión en el vientre de cada una de las momias, y colocó en el hueco todas sus piedras, cuidadosamente envueltas en algodón para evitar que hiciesen el menor ruido. Luego volvió á pegar perfectamente la abertura, y aguardó á ver lo que sucedía.

Como lo había previsto, el mercader no dejó de volver con un oficial de policía para hacer una visita domiciliaria.

—Joven, dijo al entrar, corre el rumor de que ha descubierto vd. un tesoro, y la justicia viene á informarse de la verdad.

A estas palabras los dos enviados se pusieron á registrar por todas partes, hasta en el turbante del joven, y no hallaron mas que los trescientos *cequies* contados la víspera. El mercader se guardó muy bien, como se piensa, de inspeccionar las momias, por él vendidas tan caras.

Este fué el término de las tribulaciones de Leonardo. Su mala estrella acababa de desaparecer, y la buena se levantaba brillante en el horizonte.

Por efecto de la casualidad, el mismo vapor que lo había sacado de Bayona, y que debía un poco mas tarde perecer sobre las costas de Africa, le volvió á su patria después de tantos años de ausencia.

Encontró á su padre remando sobre el Adour, y á su madre, que no esperando volverle á ver mas, le había llorado largo tiempo; después había vuelto á tomar su rueca, é hilaba cada día su tarea de cáñamo.

Pronto cambió todo de faz. Vuelto de París, adonde había ido á realizar la cuenta de su pedrería, se vió poseedor de una fortuna que jamás había sabido á punto fijo, pero que ciertamente pasaba de algunos millones. Así no pensó en incomodar al desgraciado que le había robado su pacotilla en Egipto.

Prefirió hacer comprar la hermosa casa que posee actualmente en Bayona, en la calle de España. Durante este tiempo ha estudiado por principios el arte de lapidario, en el que ha hecho tantos progresos, que se halla actualmente en estado de dirigir uno de los mas hermosos establecimientos que existen en Francia de este género. Su inmensa fortuna, que aumenta sin cesar, le pone en estado de tener las producciones mas hermosas de la mineralogia. Además, ama todas las ciencias, y su casa es el punto de reunion de los artistas y de los sabios del país.

Una esposa amable asociada á su felicidad, aumenta aun su dicha.

Su padre y su madre han recibido de él una linda casa, tras de un huerto, sobre las orillas de su rio. Allí viene muy frecuentemente á hablar de sus recuerdos de la infancia con su madre, que hila al sol del otoño, ó con su padre, recorriendo con grata mirada aquellas risueñas olas del Adour que tantas veces han azotado con sus remos.

EL CONDE DE CAGLIOSTRO.

El 8 de junio de 1743, nació en Palermo José Bálamo, que llevó en lo sucesivo el pronombre de Alejandro, y el nombre ó título de conde de Cagliostro. Pedro Bálamo, su padre, y Felicia Braconieri, su madre, eran honrados mercaderes palermitanos, muy buenos católicos, y muy cuidadosos de la educacion de su familia. Tenian muchos hijos. Vendian paños y telas de seda, y su tienda era una de las mas acreditadas en el populoso cuartel que divide en dos la hermosa calle de Calsaro.

Desgraciadamente para esta familia, y sobre todo para José, Pedro Bálamo murió antes de haber visto crecer á todos sus hijos, y de haber podido establecerlos.

El joven José tenia un espíritu pronto, sutil, imaginacion ardiente, carácter aventurero y pensamientos astutos. Tenia dos tios maternos, buenos ciudadanos de Palermo, que juzgaron que aquel muchacho podia adelantar mucho en las ciencias y en las letras, y se encargaron de su educacion.

El camino mas corto para distinguirse entonces en la carrera que querian hacer seguir á José, era entrar en las órdenes eclesiásticas. Desgraciadamente los tios no previeron que su sobrino no tenia las disposiciones necesarias para ser un buen sacerdote si persistia en permanecer en la iglesia, y le colocaron en el seminario de San Roque de Palermo. No tardó José en ceder á sus instintos de independencia y de completa indisciplina, y un dia se fugó del seminario. Cogido en compañía de unos vagos, fué confiado y severamente recomendado al padre general de los *Bonfratelli*, que se hallaba entonces de paso en Palermo. Tenia José trece años: el padre general consintió en encargarse de él. Marcharon juntos, y montado cada cual en su mula, seguidos de otros tres frailes; llegaron al convento de San Benito, situado en los alrededores de Cartagirone.

Las paredes del convento eran muy altas, y la puerta estaba confiada á un hermano portero inflexible. No tuvo mas remedio que resignarse: José Bálamo tuvo que endosarse el hábito de novicio. El padre general, adivinando su gusto por la herborizacion y su curiosidad por la historia natural, le confió al boticario del convento, esperando asi fijarle en su nuevo estado, y conseguir que un dia fuese un buen religioso. Aprendió tam bien desde luego el joven José del padre boticario, aprovechó tanto de sus lecciones, que al cabo de cierto tiempo llegó á manipular las drogas con cierta habilidad. Pero los instintos de José se despertaban singularmente, y en los primeros elementos de la ciencia, el astuto siciliano adivinaba ya los secretos del charlatanismo. Asi se abandonó tan franca y decididamente al estudio de la quimica y la medicina, que su profesor en drogueria esperaba mucho de un discípulo tal como él.

Una escena escandalosa, y de que fué el héroe el joven novicio, reveló su carácter é hizo que le impusiesen una fuerte penitencia, á la

que aparentemente se sometió; pero aprovechándose de una ocasion que se le presentó casualmente, se escapó del convento, se lanzó en el campo, y algun tiempo despues de esta vagancia volvió á Palermo.

Entonces sus tios desesperaron de él, porque ni reprensiones, ni consejos producian fruto alguno; al contrario. José se reía de sus amonestaciones. Su desenfadado gusto por los placeres le arrastró á formar relaciones con todas las malas cabezas del país, y bien pronto no tuvo nada que aprender de ellas. El juego, la embriaguez, el libertinage y el robo fueron sus diarios pasatiempos. He aqui la aventura que le obligó mas que á paso á dejar á Palermo, su ciudad natal.

José Bálamo habia contraído íntima amistad y relaciones con un platero de Palermo llamado Marano, del que habia llegado á conocer el espíritu débil y supersticioso. Este Marano creia en la magia, y nuestro aventurero pasaba ya por muy iniciado en las ciencias ocultas. Un dia llegó á casa del platero con aire compungido y misterioso.

—Sabeis cuáles son mis relaciones con los espíritus superiores, y conoceis el poder de los encantos en que me ocupo... Hay en un campo de olivos, algunas millas de la ciudad, oculto un tesoro; tengo la prueba de ello, y por medio de un conjuro estoy cierto de descubrir el punto preciso en donde hay que hacer las escavaciones. Pero esta operacion exige costosas preparaciones: necesito sesenta onzas de oro. ¿Me las podeis dar?

Marano hizo mil exclamaciones sobre la cantidad, pretendiendo que las yerbas y las drogas necesarias para los preparativos alquímicos eran muy baratas.

—Está bien, dijo Bálamo; no hablemos mas; yo solo tendré el tesoro; una felicidad dividida no es mas que una mitad de felicidad para cada uno.

Al dia siguiente Marano estaba en casa del encantador en cuanto amaneció: habia tenido la calentura del oro toda la noche.

—Ya me he provisto, dijo á José, de la cantidad que me habeis pedido; sin embargo, regatead un poco con los espíritus, os lo suplico.

—¿Los tomáis acaso por mezquinos especuladores? respondió el bribon. El diablo no es judío, aunque hace mucho tiempo que ha habitado en Judea: es un espléndido señor, viviendo magníficamente en todos los países del mundo. Si se le trata con honor es pródigo y da el centuplo, pero he encontrado en otra parte las sesenta onzas de oro, y no os necesito á poco que sintais el darlas, añadió Bálamo haciendo como que despedia al platero.

Aquella misma noche se fué á la claridad de la luna al olivar. Bálamo habia preparado todo para los conjuros. Los preliminares del encanto fueron largos, y Marano no podia respirar bajo el hechizo de aquellas operaciones magníficas. Por último, tembló la tierra, y parecieron salir del pavimento horribles fantasmas. Marano se dejó caer la cara contra el suelo; el golpe estaba previsto: el platero recibió una tunda de golpes por los espíritus infernales que le dejaron casi muerto, y huyeron en compañía del encantador y de las sesenta onzas de oro.

A la mañana siguiente el desdichado platero, que no estaba mas que herido, fué recogido por unos arrieros y llevado á su casa. Denunció el hecho á la justicia. La aventura causó grande escándalo. Quisieron arrestar á Bálamo para someterle á juicio, pero habiendo este previsto el caso tomó el portante. Marano juró hacer matar al bribon si volvía á poner los pies en Palermo; pero comprendiendo perfectamente el peligro de su posicion, Bálamo se habia decidido á embarcarse sobre una tartana que se daba á la vela para Mesina.

Como seria muy largo el seguir á nuestro héroe en su aventurera vida, y además sobre esto hay diversas obras, no contaremos á nuestros lectores como hizo conocimiento con el pretendido armenio llamado Althotas, maestro refinado en tuneria, que dió nuevo impulso á las diabólicas cualidades de que nuestro héroe tenia el gérmen; no hablaremos de su viaje á Egipto, ni de su morada en Italia, donde se casó, ni de su estancia en Londres, donde entró en la

francmasoneria, ni de la de Paris, donde supo formarse una reputacion tan brillante, que por un momento eclipsó la que habia dejado el famoso conde de San German.

Bálamo era hermoso, de talento, generoso y valiente. ¡Qué cualidades estas para disimular sus defectos, sobre todo en un país en que solo se considera á los hombres superficialmente! Menos suceso tuvo en Rusia, donde se vió obligado á huir de priesa y corriendo, y esto por orden de Catalina la Grande. Entonces volvió á Francia, se fijó en Paris bajo el título de conde de Cagliostro, y se hizo pasar por un médico célebre que poseia el elixir de larga vida. Necesitaba una trailla ilustre para arrojar el polvo á los ojos del vulgo, y la casualidad le sirvió á las mil maravillas.

El príncipe de Soubisa se hallaba seriamente enfermo con una fiebre escarlatina, y su estado se hizo tan alarmante, que los médicos del ilustre enfermo desesperaron de salvarle. Al saber esta noticia, Cagliostro corrió á casa de monseñor el cardenal de Rohan, que sin protegerle abiertamente le honraba, sin embargo, con mucha confianza, y le propuso con la mayor osadía que le llevase á casa del príncipe de Soubisa, jurando sobre su cabeza que lo salvaria. Vació al pronto el cardenal; sin embargo, cómo no intentar el último medio de salvacion, cuando la facultad de medicina entera miraba al enfermo como desahuciado! Cagliostro subió en el coche de su eminencia, y se fué con él al palacio de Soubisa. El cardenal anunció un médico extranjero, pero sin nombrar á Cagliostro: la familia le dejó obrar; algunos criados permanecieron todavia en el cuarto del príncipe: alejólos de allí el héroe, pidiendo quedar solo en el cuarto del moribundo; dejáronle allí solo. Una hora despues llamó al cardenal de Rohan, y le dijo enseñándole el moribundo:

—Dentro de dos dias, si se siguen mis prescripciones, monseñor el príncipe de Soubisa dejará la cama y se paseará en este cuarto; dentro de ocho saldrá en carruaje, y dentro de tres semanas irá á hacer la corte al rey en Versalles.

El cardenal no respondió nada á aquellas palabras que le parecieron una baladronada, y acompañó á Cagliostro. El mismo dia volvió con él á casa del príncipe de Soubisa. Aquella vez Cagliostro llevaba una redomita de que dió diez gotas al enfermo.

—Mañana, dijo al cardenal, daremos al príncipe cinco gotas menos, pasado mañana no daremos mas que dos gotas de este elixir, y se levantará por la tarde.

Justificó el suceso la prediccion. Corrió la noticia por la ciudad, y bien pronto hubo doscientos coches en la calle de San Claudio, parados á la puerta del conde de Cagliostro. Como es fácil de imaginar, se habló de él en Versalles; hablaron al rey y á la reina, que se alegraron de la curacion del príncipe de Soubisa. Uno y otra enviaron á casa del príncipe para complimentarle por su restablecimiento, pero uno y otra conservaron sus médicos ordinarios. Esto ofendió mucho á Cagliostro, y por eso entró de una manera odiosa en el horrible robo del collar, y trabajó tambien con todas sus fuerzas en la revolucion de 89. Pero sus crímenes fueron castigados. Arrestado en Roma y condenado por el Santo Oficio de la Inquisicion, fué encerrado en el castillo de Sant-Angelo, donde murió despues de dos años de prision. Apenas tenia entonces cincuenta años.

Cagliostro fué un personaje extraordinario. Asombró á su época por medios vulgares tal vez, pero de que sacó gran partido con habilidad singular. Tiene, pues, todos los títulos requeridos para ser colocado en el número de los grandes aventureros que representaron un gran papel á fines del siglo XVIII.

MONSIEUR BROWN,

O EL POSADERO DE ALBANI.

El 24 de julio de 1846, dos individuos elegantemente vestidos se aparearon en una fonda de Albani, é hicieron una escelente cena. A la

mañana siguiente, despues de haber pedido su cuenta, preguntaron por el fondista, que se apresuró á ir á verlos.

—Tengo un capricho por el gran reloj que tiene vd. ahí en lo alto, dijo el de mas edad de los dos viajeros, mientras que el mas jóven encendía un cigarro y leía negligentemente un periódico. ¿Querrá vd. cedérmelo?

El dueño de la fonda, que hasta entonces no habia hecho caso de aquel mueble viejo de familia, se imaginó de pronto que encerraba tal vez algun tesoro, y vaciló desde luego en responder.

—Vamos á verlo, dijo el viajero.

Y las tres personas subieron al cuarto que ocupaba el reloj.

—¿Sabe vd., dijo el caballero, que un reloj igual me ha valido ya cien dollars? (quinientos cuarenta francos).

—¿Cien dollars? dijo el posadero abriendo tanto ojo.

—Si. Habia uno de esta clase en una posada de Essex, y uno ofreció apostar cien dollars á que durante una hora imitaria con su mano derecha el movimiento de la péndola, diciendo todo el tiempo: *va por aquí, va por allí*, sin añadir otra palabra. Acepté la apuesta, y en menos de un cuarto de hora, los cien dollars pasaron de su bolsillo al mio. Yo entonces me propuse comprar un reloj semejante en cuanto lo hallase, á fin de servirme de él para contar esta aventura.

—¡Ah! ¿Con que ha ganado vd. esa apuesta? Si hubiese sido conmigo la hubiera vd. perdido, á fé de Broun, dijo el frondista.

—¿Quiere vd. sostener conmigo igual apuesta? dijo el viajero.

—Seguramente.

—Cien dollars.

—Cien dollars.

—Toque vd. Y le dió al mismo tiempo la mano.

En aquel momento dió el reloj las ocho, y el posadero se sentó enfrente de la péndola con la espalda vuelta á la puerta. Su mano siguió regularmente el balance de la péndola, repitiendo: *Va por aquí, va por allí*.

El viajero le interrumpió:

—¿Dónde está la apuesta de vd?

El posadero no era hombre de dejarse coger en la red: su mano derecha continuó balanceándose, y con la izquierda sacó su cartera que arrojó por encima del hombro.

—¿Deposito las apuestas en manos de su criado de vd? ¿Es persona segura?

—*Va por aquí, va por allí*, dijo el posadero.

Los dos forasteros dejaron el cuarto, y monsieur Broun continuó flemáticamente su operación.

Al cabo de algunos minutos se presentó el criado.

—Mr. Broun, exclamó, que le llaman á usted abajo: ¿Pero en qué se está vd. divirtiendo? ¿Ha perdido vd. la cabeza?

—*Va por aquí, va por allí*, continuó el huésped meneando siempre la mano.

El mozo bajó la escalera de cuatro en cuatro escalones, llamó á un vecino y le rogó que viniese á ver lo que hacia su amo.

—¿En qué está vd. pensando, Mr. Broun? le gritó el vecino cogiéndole por el cuello. Escuche vd. la voz de la razon.

—*Va por aquí, va por allí*.

—Está loco, es preciso ir á buscar inmediatamente el médico, dijo el mozo.

La red era demasiado grosera; el huésped, sin embargo, no cayó en ello.

—Creo que mejor haríamos en llamar á su muger.

—*Va por aquí, va por allí*.

Su muger llegó desconsolada.

—Querido, le dijo tiernamente, sal de esa implacable distraccion: mírame, yo soy, ¿qué tienes que decir de tu Catalina?

—*Va por aquí, va por allí*.

—Pero querido mio, tú te equivocas, ¡si no he salido jamás de casa!

Y se echó á llorar.

Vino el médico; se detuvo delante del posadero, mirándole atentamente durante algunos minutos. Meneó la cabeza.

—Es una monomania fija, dijo, necesito una consulta; que vayan á llamar al doctor Hovar.

Ese célebre médico llegó bien pronto en compañía de otro asociado suyo.

—Es un triste espectáculo, dijo el recién llegado ¿Cómo le ha venido esto?

—De improviso; ha perdido de pronto la razon.

—*Va por aquí, va por allí*, continuó tranquilamente el supuesto maniático, siguiendo siempre con la mano la oscilacion de la péndola.

—Parece que tiene conciencia de su estado, dijo Mr. Hovar, cosa muy rara en los enagenados.

Los médicos se consultaron, y convinieron en que era indispensable practicar una copiosa sangria, afeitar la cabeza del enfermo, y ponerle en fin un casquete de nieve.

Que llamen al barbero.

—¡Pobre marido mio! gritó la muger sollozando. ¿Qué haré yo de la vida ahora?

—*Va por aquí, va por allí*, prosiguió el posadero sonriendo con un aire de triunfo.

—Vamos, barbero, no pierda vd. un momento, y afeítele la cabeza.

—*Va por aquí, va por allí*... por la última vez, exclamó el posadero en el instante en que el reloj daba las nueve.

Despues, levantándose con un trasporte de alegría:

—He ganado, he ganado, dijo.

—¿El qué? exclamaron juntos todos los espectadores.

—Mi apuesta de los cien dollars: estaba muy sobre mí. ¡Toma! ¿Dónde están los dos jóvenes?

—Hace cerca de una hora que se han marchado de Bayona, respondió el mozo.

Penetró por último la verdad en el espeso cerebro de Mr. Broun; habia tenido que habérselas con dos estafadores, y su cartera contenia quinientos dollars en billetes de banco: habia tenido, en fin, pensando la fuerte suma que habia perdido, todo el tiempo de sobra para gritar: *va por aquí, va por allí*.

MISCELANEA.

LA BUENA CONFESION.—Un aldeano fué á confesarse y se acusaba de haber robado unas gavillas de trigo. El confesor le preguntó:

—¿Cuántas gavillas habeis robado?

—Adivínalas vd., padre.

—¿Treinta? dijo el confesor.

—No.

—¿Cuántas? ¿Sesenta?

—Tampoco, replicó el aldeano; pero ponga usted el carro entero, porque mi muger y yo nos proponemos esta noche ir á buscar el resto.

LA ARENGA DEL ALCALDE.—Caminando un día Carlos IV, rey de España, á una de las frecuentes cacerías que hacia en la provincia de Segovia, dirigiéndose al palacio de Riofrio, de una de las aldeas de aquellos pueblos miserables, salió á arengarle el alcalde con el ayuntamiento, llevándole unas botellas de vino y unas peras, y pronunció ante el rey el siguiente discurso:

—Señor, traemos á V. M. nuestros vinos, nuestras peras y nuestros corazones, que es lo que tenemos mejor.

El rey le dió una palmadita en el hombro, diciéndole:

—Hombre, así me gustan á mí las arengas.

RAZON SIN REPLICAS.—Disputaban un día en tiempo de Luis XIV y delante de este monarca, el obispo de Senlis sobre qué edad tenia con el conde de Grammont, que se hallaba presente y ocultaba su edad:

—Señor, dijo el prelado, tengo ochenta y tres años, y el conde tiene otros tantos que yo, porque hemos estudiado juntos.

—El señor obispo se engaña, replicó el conde, porque ni él ni yo hemos estudiado jamás.

MEMORIAS DE UN SASTRE.—Llevaba un día un sastre una cuenta á un elegante de esos que se hacen la ropa sin hacer cuenta con que la han de pagar, y le encontró en la cama.

—¿Es vd., maestro? ¿Me trae vd. la cuenta?

—Si, señor, y quisiera un poco de dinero.

—Abra vd. mi secreter; ¿ve vd. aquel cajón?

El sastre le abrió.

—No es ese, el otro.

El sastre abrió el segundo cajón.

—No, el de mas arriba, dijo el elegante: bien, ese es. ¿Qué ve vd. ahí en ese cajón?

—Veo, dijo el sastre muchos papeles.

—Son cuentas, ponga vd. la suya con esas.

Y se volvió al otro lado para continuar su sueño.

ARENGA DE UN CHARLATAN.—Un charlatan, solo para despachar sus drogas al pueblo, le hablabá así:

—Bendito sea el cielo, á quien por todo favor no pido sino que segun su justicia me trate en el dia último del juicio final como yo voy á venderos este específico. Yo sacrifico mi salud por la vuestra, pero el demonio, enemigo eterno de todo bien, os ciega de tal modo, que me rehusais el menor dinero, una bagatela con la que pudiérais procuraros un bien tan grande como es el preservativo y remedio que os salvaria la vida, la de vuestros padres y amigos. Si en esto os llevo de mas un ochavo contra mi conciencia, quiero verme condenado por toda una eternidad á beber vuestra moneda fundida al fuego del infierno.

Habia preparado esta enérgica arenga para vender unos papelitos de polvo á cuarto.

EL COCHERO DE CARLOS IV.—Carlos IV, rey de España, á quien la historia le presenta como un príncipe bueno y bondadoso, encargó á su cochero al salir de Madrid para el Escorial, que queria llegar á una hora que le señaló. Hallándose á la mitad del camino, el cochero vió que se acercaba la hora. No omitió con las mulas latigazos, y se enfadó tanto contra ellas, que en una de las veces, entre las diversas interjecciones bastante enérgicas que las dirigia, las llamó mulas de un cabron. El rey notó el apóstrofe. Llegado al Escorial llamó al cochero y le preguntó de quién eran las mulas. Afortunadamente el cochero se acordó de la espresion que se le habia escapado.

—Señor, respondió, son mias.

—Si, son tuyas, respondió el rey, guárdate-las, no quiero tener mulas de cabron en mi coche.

La presencia de espíritu del cochero le valió aquel tiro y le salvó la vida, porque si hubiera respondido que las mulas eran del rey, de seguro lo hubiera pasado bastante mal.

OCURRENCIA DE UN AGUSTINO.—Un fraile agustino, tan celoso por la religion como siempre, tronaba un dia desde el púlpito sobre el ejemplo que los padres deben dar á sus hijos.

—San Agustin, nuestro gran padre, les decia, era maniqueo, pero Santa Mónica, su madre, era una excelente cristiana, y eso le salvó. Mas vale buenos ejemplos y santas prácticas, que todos los discursos evangélicos de los predicadores.

Y habiendo discurrido un poco de tiempo sobre esto, al final, muy enfervorizado exclamó:

—¡Ah! ¡que me den Mónicas, y yo haré Agustines!

—Un hombre de mucha broma, pero de esas bromas de mal género, hizo en una tertulia á una señorita la siguiente pregunta, cuya solucion, como se verá, era bastante difícil.

—¿Qué diferencia hay entre una muger y un espejo?

La señora estuvo pensando algun tiempo, y concluyó por confesar que no podia encontrar respuesta.

—Es, replicó el bromista, que una muger habla sin reflexionar, y un espejo reflexiona sin hablar.

—A mi vez, dijo la señora inmediatamente, ¿me podrá vd. decir qué diferencia hay entre un espejo y un hombre?

—Señora, no lo adivino...

—Pues bien, es que un espejo es mas político que un hombre.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.